

La misericordia en la evangelización de la cultura urbana*

Rubén Salazar Gómez**

Jaime Alberto Mancera Casas***

Resumen

El artículo busca plantear el desafío de la evangelización de la vida urbana, teniendo presente particularmente la misericordia como criterio de comprensión y acción. No pretende agotar el problema, sino por el contrario, busca dar un marco para pensar y seguir buscando las respuestas a los desafíos que nos plantean las nuevas circunstancias que viven nuestras ciudades. No profundiza en el tema mismo de la misericordia, por cuanto el objetivo es más su aplicación pastoral, pero sí señala algunos elementos de su centralidad en la evangelización.

Palabras clave: Iglesia y Ciudad; Misericordia; Pastoral urbana; Evangelización urbana.

* Conferencia ofrecida en la XXXVIII Reunión de Obispos de la Iglesia en América. Tampa, Florida, 22-25 de febrero de 2016.

** Cardenal, Arzobispo de Bogotá, Presidente del CELAM.

*** Pbro. Vicario de Evangelización para la Dimensión Social de la Arquidiócesis de Bogotá. Correo electrónico: betoelimaginario@gmail.com



Mercy in the evangelization of urban culture

Summary

This article strives to present the challenge of evangelization in urban life, bearing in mind particularly mercy as a standard for understanding and action. It does not intend to exhaust the problem, but rather to provide a framework for thinking and continue to seek answers to the challenges posed by the new circumstances presented by city life. The article does not elaborate on the theme of mercy because the objective is more its pastoral application; at the same time, it points out some elements of its centrality to evangelization.

Key words: Church and city; Mercy; Urban ministry; Urban evangelization.



1. LA ORIGINALIDAD Y ESPECIFICIDAD DE LA EVANGELIZACIÓN URBANA

San Pablo llega a evangelizar la gran ciudad

Hch 17, 16-34: ¹⁶ *Mientras Pablo les esperaba en Atenas, sentía indignación en su interior al ver la ciudad llena de ídolos.* ¹⁷ *Discutía en la sinagoga con los judíos y con los que adoraban a Dios; y lo mismo hacía diariamente en el ágora con los que por allí se encontraban.* ¹⁸ *Trababan también conversación con él algunos filósofos epicúreos y estoicos. Unos decían: “¿Qué querrá decir este charlatán?”. Otros comentaban: “Parece ser un predicador de divinidades extranjeras”. Lo decían porque anunciaba a Jesús y hablaba de la resurrección.*

¹⁹ *Un día lo tomaron consigo y lo llevaron al Areópago. Una vez allí, le preguntaron: “¿Podemos saber cuál es esa nueva doctrina que tú expones?”* ²⁰ *Es que te oímos decir cosas extrañas y querríamos saber qué significan”.* ²¹ *Todos los atenienses y los forasteros que residían allí sólo sabían pasar el tiempo contando u oyendo la última novedad.* ²² *Pablo, de pie en medio del Areópago, comenzó así: Discurso de Pablo ante el Areópago. “Atenienses, veo que vosotros sois, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad.* ²³ *Pues al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: ‘Al Dios desconocido’. Pues bien, vengo a anunciaros lo que*



adoráis sin conocer. (...) ³² Al oír que mencionaba la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él, y otros dijeron: “Sobre esto ya te oiremos otra vez”. ³³ Entonces Pablo los dejó allí y se marchó. ³⁴ Pero algunas personas se adhirieron a él y creyeron, entre ellos Dionisio Areopagita, una mujer llamada Damaris y algunos otros junto con ellos.

El fenómeno urbano

Al igual que San Pablo en Éfeso, Filipos, Atenas, Corinto o Roma, hoy somos impulsados por el Espíritu para ser evangelizadores de las grandes ciudades de nuestro continente. Y así como él supo adaptar su predicación y su acción evangelizadora al contexto de dichas ciudades, densamente pobladas y con un gran pluralismo filosófico, religioso y cultural¹, hoy nos corresponde la tarea de servir al Señor que vive en las grandes ciudades de nuestro continente, en medio de las complejas transformaciones que experimentan, de los conflictos y desigualdades sociales, así como de la concentración y el flujo de múltiples situaciones y comunicaciones que surgen de la convivencia humana²; ciudades que son verdaderos laboratorios que dan origen a nuevas maneras de vivir, que se expanden conformando regiones urbanas o ciudades-región, y las cuales están fuertemente condicionadas por los procesos de globalización³.

Sin embargo, la evangelización de estas ciudades contemporáneas, en donde la Iglesia “ha dejado de estar en la primera línea de la producción cultural” y experimenta más la influencia y el impacto de las complejas transformaciones sociales y culturales⁴, se ha convertido en un verdadero desafío a nuestro ser de discípulos misioneros. En primer lugar, porque ha confrontado la manera como veníamos realizando nuestras prácticas evangelizadoras, las cuales funcionaron en otros tiempos y contextos, pero ahora, sin dejar de

¹ Cf. Hch 17, 16-34.

² Cf. Hch 18,1-11; DAp 514.

³ Cf. DAp 509-512.

⁴ DAp 509; cf. EG 73-74.

ser válidas, son insuficientes y reclaman una renovación, una conversión misionera⁵. Y en segundo lugar, porque la originalidad y especificidad de la situación demanda de nosotros “ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades”⁶.

En nuestro Continente, la vida de los grandes conglomerados urbanos actuales es cualitativamente distinta a la vida rural, y a la misma vida urbana que se desarrollaba hace cincuenta o setenta años; hoy el fenómeno de la urbanización ha adquirido nuevas dinámicas, nuevas características y cualidades, nuevos sujetos emergentes que, en el necesario y urgente proceso de inculturación, deben ser tenidos en cuenta para poder entablar el diálogo evangelizador; la evangelización de estas nuevas realidades humanas y sociales.

Particularmente nos llama la atención cómo hoy las ciudades están marcadas por el cambio, el flujo, la transformación permanente; es decir, un movimiento constante en dos sentidos: de concentración y de construcción.

a) *Movimiento de concentración*

La vida urbana comienza precisamente por la concentración de personas en un mismo espacio geográfico. El Continente Americano es un continente en el cual la mayoría de su población vive en asentamientos urbanos; la población tiende a concentrarse en las ciudades, por muchos motivos, generando un aumento de la densidad humana en medio de los espacios, que no siempre evolucionan para asimilar dignamente a los nuevos habitantes.

Nuestras ciudades tienden además a ser lugar de concentración de bienes y servicios; concentración de posibilidades de educación por la gran cantidad de colegios, universidades e iniciativas de educación no formal; concentración de posibilidades de atención en

⁵ Cf. EG 25-33; DAp 365-372.

⁶ EG 33.



salud y de cuidado del bienestar personal; concentración de la vida económica, por la concentración de los capitales y la inversión en las grandes ciudades, con la consiguiente generación de empresas, el aumento de la producción, el aumento de las ofertas de trabajo, el aumento en el comercio y, en general, de la vida de consumo⁷. Concentración del dinero en unos pocos con la consiguiente exclusión de una gran mayoría, generando así una grave desigualdad social. Y así podríamos seguir enumerando muchos ejemplos.

Pero también debemos hablar de la concentración de todos los dramas humanos que existen. Concentración de personas en situación de pobreza, de soledad, de exclusión social etc. Concentración del dolor y sufrimiento humano, manifiesto en tantos rostros de migrantes, desplazados, farmacodependientes, desempleados, campesinos sin tierra⁸.

Pero también vemos la concentración de los casos de corrupción política, económica, social; de los casos de tráfico de estupeficientes, de mafia, de pandillismo entre otros.

Un aspecto englobante de esta dinámica de concentración es el pluralismo; la convivencia simultánea de muchas formas de pensar, sentir, juzgar y expresar, es decir, la convivencia simultánea de culturas, que se mezclan en combinaciones inéditas, y generan una verdadera “hibridación cultural”⁹, compleja y paradójica. Es precisamente este pluralismo que caracteriza nuestras ciudades, dentro del cual estamos llamados a evangelizar, uno de nuestros mayores retos.

Sabemos que dependiendo de los países, ese pluralismo toma rostros específicos, y ha sido asumido desde muchas experiencias; pero podemos afirmar que aún nos falta un camino de aprendi-

⁷ Cf. DAp 60-73.

⁸ Cf. DAp 65.

⁹ “Hibridación cultural” es un término propuesto por el antropólogo Néstor García Canclini, en su libro *Culturas Híbridas*, Grijalbo, México 1990, y desarrollado posteriormente por varios autores.

zaje para aceptar dicha realidad, aprender a discernirla y sobre todo, para aprender a desarrollar nuestra práctica evangelizadora dentro de ese pluralismo; en el respeto a la diferencia, con actitud humilde y dialogante, sabiendo proponer lo positivo del Evangelio con alegría.

b) *Movimiento de construcción permanente*

La ciudad también es un movimiento de construcción permanente. Hoy más que nunca las ciencias humanas y sociales han reconocido que la sociedad, y particularmente las sociedades urbanas, no son una realidad estática y ya dada, sino que por el contrario existen en un movimiento permanente de construcción, en el cual la ciudad construye a sus habitantes, pero también los habitantes construyen la ciudad; en el cual, el sistema influye sobre el mundo de la vida de los habitantes, pero también los usos y costumbres, la memoria, los imaginarios y los sueños de los habitantes construyen la ciudad. Esto segundo es lo que se da de manera más fuerte en Latinoamérica, de ahí que poco funcionen los planes oficiales de desarrollo de las ciudades y cada una tenga un rostro tan propio respecto de las demás.

Este proceso de construcción permanente lo vemos realizado en el ámbito político, donde día a día los habitantes son más conscientes de sus derechos civiles y buscan un mayor reconocimiento y tutela de los mismos, aunque desafortunadamente no pasa lo mismo con los deberes ciudadanos.

Elemento fundante de la ciudad, entendida como polis, es el espacio público, la vida pública, la plaza y el foro donde se debaten los problemas de la ciudad y se buscan las soluciones concretas, manteniendo su diferencia con la vida privada de los habitantes. Pero actualmente la pérdida de los límites y la trasgresión de lo público hacia lo privado, así como de lo privado hacia lo público, en distintos grados y con las debidas diferencias, caracterizan la vida de nuestras ciudades. Signo de esto es la corrupción en el manejo de los asuntos públicos, así como la invasión de los procesos comunicativos en el ámbito privado.



También vemos esta construcción permanente en el ámbito económico, puesto que el incremento de los intercambios comerciales, de bienes y servicios, marcan la pauta de la vida de las ciudades. Los problemas de la globalización económica afectan fuertemente la vida de las ciudades, y son ellas las que deben buscar soluciones locales a lo que son problemas globales; sin mucho éxito, en la mayoría de los casos¹⁰.

Pero el nivel más profundo de este proceso de construcción permanente es el cultural. Las culturas, que antes tendían a permanecer más estables y por mucho tiempo, hoy en las ciudades, se renuevan con una gran velocidad y se recomponen en sus significados más profundos, aunque externamente veamos las mismas cosas¹¹. El nivel más profundo de la cultura, más allá de las expresiones y de los valores, es el nivel de lo simbólico y de lo imaginario, que ordena, sostiene y da sentido a los otros dos niveles¹². Es precisamente en este nivel donde más vemos los cambios y transformaciones, aunque sigamos viendo las mismas expresiones y se hable de los mismos valores. Lo expresa muy bien el escritor italiano, Italo Calvino, dentro de la metáfora de su obra *Ciudades Invisibles*, al referirse a las transformaciones de la ciudad de Maurilia:

“A veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, que nacen y mueren sin haberse conocido, comunicables entre sí. En ocasiones, hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, y el acento de las voces, e incluso las facciones; pero los dioses que habitan bajo esos nombres y en esos lugares se han marchado sin decir nada y en su lugar han anidado dioses extranjeros”¹³.

¹⁰ BAUMAN, Z. *Múltiples culturas, una sola humanidad*. Katz Editores, Madrid 2008, 27.

¹¹ Cf. CASTORIADIS, C. *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto* (1986). Gedisa, Barcelona 1998; GARCÍA CANCLINI, N. *Imaginario urbanos*, Eudeba, Buenos Aires 1997; SILVA, A. *Bogotá imaginada*, Convenio Andrés Bello-Universidad Nacional-Taurus, Bogotá 2003.

¹² RICOEUR, P. “Civilización universal y culturas nacionales”, en *Historia y verdad* (1955). Encuentro, Madrid 1990, 254-265; REGUILLO, R. *La construcción simbólica de la ciudad* (1996). ITESO, Guadalajara 2005.

¹³ CALVINO, Italo. *Las ciudades invisibles* (1972). Siruela, Madrid 1990, 43-44.

□

Permanentemente, los habitantes de las ciudades van construyendo la ciudad y son construidos por ella, a partir de sus experiencias en el uso de la ciudad, de sus recorridos, de la apropiación y re-apropiación de los espacios (proceso llamado territorialización), de la generación de culturas locales, de territorios urbanos y de verdaderas ciudades invisibles. Y así como se construyen verdaderos territorios humanos, espacios donde el sentido de lo humano es el criterio que inspira todo, también hay que reconocer que, movidos por intereses de consumo y de poder, se generan imaginarios de miedo, territorios que son verdaderas fronteras invisibles, espacios de exclusión, lugares o situaciones que deshumanizan, que instrumentalizan a las personas, al margen de su dignidad.

Una manera de entender estas transformaciones es la que nos habla de la hibridación de lo premoderno o tradicional, lo moderno y lo pos-secular, posmoderno o la cultura líquida; es decir, de cómo es necesario, para comprender nuestra sociedad en el continente, reconocer los elementos de cultura tradicional aún presentes y actuantes en todos los campos de la vida, pero simultáneamente reconocer los elementos de la modernidad, que en América Latina ha llegado de una manera diferente a como se expandió en Europa y en Norteamérica. Y también reconocer los elementos de una cultura llamada pos-secular, de modernidad tardía, o posmoderna, que igualmente llegó a América Latina, no como una reacción crítica a la modernidad, sino como producto de consumo, a través de los medios de comunicación.

Esta convivencia simultánea y mezcla de lo tradicional, lo moderno y lo posmoderno, es lo que genera el rostro de nuestras sociedades urbanas y que está presente en la experiencia religiosa de nuestros pueblos. Las manifestaciones religiosas tradicionales continúan en buena parte de nuestras ciudades, pero asumiendo sentidos diferentes a los antiguos; así como hay que reconocer que muchos viven la religión como un asunto del ámbito privado e individual, no institucionalizado y que por tanto la religión católica y sus instituciones ya no son referente público y social, como lo



fueron antes. Y también existen manifestaciones de un retorno de lo sagrado, bastante caracterizadas por el individualismo, el exotismo y por una añoranza de los valores cristianos, pero sin compromisos ni instituciones.

Comprender mejor estos complejos procesos de construcción social, de movimiento y cambio permanente de la vida social, es indispensable para saber actuar como fermento de la sociedad urbana. La inculturación urbana del Evangelio pasa por reconocer estas dinámicas, por discernirlas y por estar presentes con una actitud respetuosa, pero propositiva, en estos procesos, aprendiendo a proponer, desde diversos lenguajes, el Evangelio en medio de estas dinámicas tan diversas, y no siempre evidentes a la mirada.

La Iglesia en la ciudad

En la medida en que el fenómeno urbano se ha expandido y se ha hecho más complejo, las prácticas evangelizadoras, con las diferencias propias de cada país, se han hecho insuficientes, no nos hemos hecho presentes en los nuevos espacios y territorios urbanos, nuestros lenguajes, pedagogías y metodologías no se han adaptado ni diversificado de acuerdo con el pluralismo de contextos sociales y humanos que conviven en la ciudad; además los animadores de la evangelización experimentan el desbordamiento de las exigencias que la ciudad nos impone frente a lo que proponemos, la ruptura en la comunicación con jóvenes, con universitarios, con obreros, con intelectuales, con científicos han puesto de manifiesto algunos aspectos que reclaman una conversión, como lo señalaban los obispos en Aparecida¹⁴.

En primer lugar, las transformaciones de la vida urbana en Latinoamérica, donde estábamos acostumbrados a pensar en que toda la sociedad es cristiana, nos han obligado a re-plantearnos preguntas que considerábamos tener completamente claras; por

¹⁴ DAp 365-372.

ejemplo, ¿qué es ser católico?, pues ha sido necesario completar la misma pregunta: ¿qué es ser católico en una sociedad plural, en permanente construcción, sin los referentes sociales cristianos a los que estábamos acostumbrados, y frente a los conflictos y desigualdades sociales en que vivimos?; y junto a esto, por lo mismo ¿qué es evangelizar esta nueva realidad urbana, compleja, plural y dinámica? ¿Qué es llevar al encuentro con Cristo en una cultura que busca argumentos racionales y tienen prejuicios contra la Iglesia, o en una cultura a la cual le es indiferente la memoria histórica, todo lo que parece institucional? ¿Qué es formar un discípulo misionero para que viva su fe en este contexto?¹⁵.

Y en segundo lugar, la pregunta: ¿cómo hacerlo? se ha hecho más frecuente, por cuanto no es fácil identificar cómo diversificar y adaptar nuestro servicio profético, litúrgico, caritativo y de comunión a las nuevas circunstancias. Y se pone así en evidencia la confusión que tenemos entre los fines y los medios de la evangelización; razón por la cual muchas veces no consideramos relevante conocer y discernir el contexto para adaptar dichos medios y ponerlos en diálogo con los nuevos interlocutores, con el fin de servir al Reino de Dios presente en esos contextos, finalidad de la evangelización, como Pablo VI lo afirmaba: “Cuando la Iglesia anuncia el reino de Dios y lo construye, ella se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese reino que está ya presente y que viene”¹⁶.

¹⁵ Un ejemplo de estos esfuerzos de repensar las cosas lo encontramos en el Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá, en el cual se desarrolló un nuevo paradigma de evangelización adecuado al contexto urbano regional que se vive, a partir de las consultas y los discernimientos comunitarios. Arquidiócesis de Bogotá, *Plan de Evangelización 2013-2022*, Bogotá 2013.

¹⁶ EN 59; cf. EN 18: “*Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad (...)* La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos”.



2. DIOS MISERICORDIOSO VIVE EN LA CIUDAD

Pablo llega a evangelizar el puerto de Corinto

Hch 18, 1-11: ¹ Después de esto, Pablo se ausentó de Atenas y llegó a Corinto. ² Allí se encontró con un judío llamado Áquila, originario del Ponto, y con su mujer Priscila. Acababan de llegar de Italia, pues el emperador Claudio había decretado que todos los judíos saliesen de Roma. Se llegó a ellos ³ y, como era del mismo oficio, se quedó a trabajar en su casa. Ambos se dedicaban a fabricar tiendas. ⁴ Todos los sábados discutía en la sinagoga, y se esforzaba por convencer a judíos y griegos. ⁵ Cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo se dedicó enteramente a la palabra, dando testimonio ante los judíos de que el Cristo era Jesús. ⁶ Al ver que se oponían y proferían palabras infamantes, sacudió sus vestidos y les dijo: “Sólo vosotros seréis responsables de lo que os suceda; yo soy inocente. Desde ahora voy a dedicarme a los gentiles”. ⁷ Entonces se retiró de allí y entró en casa de un tal Justo, que adoraba a Dios. El edificio donde vivía estaba pegando a la sinagoga. ⁸ Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor, junto con toda su familia. Otros muchos corintios, al oír a Pablo, creyeron y se bautizaron. ⁹ El Señor dijo a Pablo durante la noche en una visión: “No tengas miedo. Sigue hablando y no te calles. ¹⁰ Piensa que yo estoy contigo y que nadie te atacará para hacerte daño, porque cuento con un pueblo numeroso en esta ciudad”. ¹¹ Pablo permaneció allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la palabra de Dios.

Jesucristo resucitado consuela a Pablo en su ministerio evangelizador en la compleja ciudad portuaria de Corinto: “No tengas miedo. Sigue hablando y no te calles. Piensa que yo estoy contigo y que nadie te atacará para hacerte daño, porque cuento con un pueblo numeroso en esta ciudad” (Hch 18,9-10). El Señor le anuncia a Pablo cómo Él está presente en la ciudad, cómo sin que hayan realizado una labor evangelizadora, él ya está convocando un pueblo y obrando su salvación, aunque no sea evidente.

También los obispos en Aparecida nos han recordado esta verdad fundamental y consoladora ante las exigentes tareas de la evangelización urbana:

“La fe nos enseña que Dios vive en la ciudad, en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos. Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos”¹⁷.

Se nos ayuda a sí a comprender y a saber plantear el desafío de la evangelización urbana, al señalarnos el fin al servicio del cual debemos poner las acciones proféticas, litúrgicas, caritativas y comunitarias que realizamos. Lo expresa el Papa con estas palabras:

“Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa”¹⁸.

Dios vive en la ciudad manifestando su misericordia y espera que todo en la Iglesia se ponga al servicio de esa acción salvífica, tal como Jesús lo hizo, reconociendo la obra del Padre y poniéndose a su servicio¹⁹.

¹⁷ DAp 514.

¹⁸ EG 71.

¹⁹ Cf. Jn 5,17-20.



Jesús evangeliza su época actuando con misericordia, compadeciéndose de las fragilidades y sufrimientos de aquellos con quienes se encontraba, y dándose a sí mismo en su predicación, en sus acciones, en sus gestos de acogida, manifestando así la cercanía del amor del Padre misericordioso, su intervención salvífica, su voluntad de no detenerse hasta disolver el pecado y superar el rechazo, las rupturas, las divisiones del corazón y del pueblo con la actitud compasiva y misericordiosa²⁰.

Jesús evangeliza llevando hasta el extremo su amor misericordioso al ofrecer su vida por nosotros en la cruz, saliendo al paso de quienes tramaron su muerte, para manifestar que es la misericordia de Dios la que tiene la última palabra, no el pecado ni la muerte. Hecho que se afirmó con su resurrección. Jesús nos enseña que la misericordia es la expresión más clara de la identidad de los hijos de Dios y que sus discípulos serán conocidos por buscar en todo ser misericordiosos como el Padre²¹.

Y es precisamente esta actitud misericordiosa de Jesús Resucitado y de sus discípulos la que empezó a generar una transformación en la cultura, de las relaciones, de los comportamientos, de los criterios en la región de Judea, de Galilea y poco a poco de las ciudades del imperio²².

La Iglesia entera tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón del Evangelio, para que llegue a la mente y corazón de toda persona, mediante la predicación, pero sobretudo mediante el testimonio de una vida misericordiosa. Con el actual jubileo de la misericordia, el Papa Francisco busca precisamente renovar esta consciencia y este compromiso:

“Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia

²⁰ Cf. MV 8-9.

²¹ Lc 6,36.

²² Cf. MEEKS, Wayne. *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*. Sígueme, Salamanca 1988; GUIJARRO, Santiago. *La primera evangelización*. Sígueme, Salamanca 2013.

para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes”²³.

Por el objetivo de esta charla no hacemos una mayor profundización sobre este tema, desde el punto de vista bíblico y teológico, para poder pasar a la lectura pastoral, desde la cual la misericordia se convierte en un criterio muy importante para comprender a Jesús como evangelizador, y para comprender la renovación que debemos hacer de nuestra presencia y acción evangelizadora en las ciudades.

3. LA CONVERSIÓN HACIA UNA EVANGELIZACIÓN URBANA, MISIONERA Y MISERICORDIOSA

Jonás 1,1-11: ¹ *Yahvé habló a Jonás, hijo de Amitay, diciéndole: ² “Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle que su maldad ha llegado hasta mí”. ³ Jonás se preparó para huir a Tarsis, lejos de Yahvé. (...) ³ ¹ Por segunda vez Yahvé habló a Jonás, diciéndole: ² “Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle el mensaje que yo te comunique”. ³ Jonás se preparó y marchó a Nínive, de acuerdo con la orden de Yahvé. Nínive era una gran metrópoli, con un recorrido de tres días. ⁴ Jonás comenzó a atravesar la ciudad y caminó un día entero proclamando: “En el plazo de cuarenta días Nínive será destruida”. (...) Entonces Dios dijo a Jonás: “¿Te parece bien enfurecerte por el ricino?”. Respondió: “¡Sí, me parece bien enfurecerme hasta la muerte!” ¹⁰ Y Yahvé replicó: “Tú te compadeces de un ricino que no te ha costado hacer crecer, que al cabo de una noche apareció y al cabo de otra pereció. ¹¹ ¿Y no voy yo a compadecerme de Nínive, la metrópoli, donde viven más de ciento veinte mil personas que no distinguen el bien del mal, y una gran cantidad de animales?”.*

²³ MV 3.



El final del relato de Jonás pone en evidencia el problema en el cumplimiento de la misión que ha recibido: su falta de misericordia, para con los otros, con quienes no son de su pueblo ni de su raza, habitantes de una ciudad diferente a Jerusalén. El texto es entonces un llamado a la conversión hacia la misericordia de Dios, para poder cumplir la misión que él encomienda, de ir más allá de la ciudad de Jerusalén, hacia las otras ciudades, que no conocen esa misericordia.

Para esta conversión, los obispos en Aparecida nos han regalado, entre otras, una clave hermenéutica muy importante para comprender el desafío que tenemos hacia adelante para relanzar nuestra misión evangelizadora ante las nuevas circunstancias que vive nuestra sociedad; es clave es la “conversión pastoral decididamente misionera”²⁴.

Una conversión que comienza por un proceso que cada uno de los católicos debemos vivir: un renovado encuentro con Jesucristo, primer evangelizador, en las actuales condiciones que vive nuestra sociedad²⁵. Sólo un encuentro con Él y con su misericordia, puede hacernos comprender de manera renovada nuestra identidad como discípulos misioneros suyos en medio de las actuales circunstancias de nuestra vida y puede llevarnos a asumir con alegría la tarea de ser misericordiosos como el Padre y los evangelizadores de estos nuevos tiempos. De ahí la invitación del Papa Francisco:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque ‘nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor’”²⁶.

²⁴ Cf. DA 365-372.

²⁵ Cf. DA 12.

²⁶ EG 3.

Una conversión que también reclama una renovación de las mismas prácticas evangelizadoras para hacerlas más misioneras y expresión de la misericordia del Padre que sale al encuentro. Dice el documento:

“La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza”²⁷.

Esta renovación no supone un desprecio o desconocimiento hacia lo que estamos haciendo o hacia lo que se ha hecho en el pasado, pero sí se funda en el reconocimiento de la necesidad de dar una nueva respuesta a los desafíos que la evangelización tiene en el contexto socio-cultural presente. Esto nos lo recuerda el Papa Francisco:

“Tampoco deberíamos entender la novedad de esta misión como un desarraigo, como un olvido de la historia viva que nos acoge y nos lanza hacia adelante... Jesús nos deja la Eucaristía como memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce cada vez más en la Pascua (cf. Lc 22,19). La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir”²⁸.

Esta conversión decididamente misionera la podemos comprender desde varios aspectos, que señalamos a continuación.

²⁷ DAp 13.

²⁸ EG 13.



3.1. Hacia el discernimiento de la presencia de Dios en la ciudad

El primer fruto que buscamos en el encuentro renovado con Jesucristo es una conversión de la mirada, para que contemplemos el mundo con ojos de discípulos misioneros, con ojos de misericordia.

“Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa”²⁹.

Esta mirada que reconoce la presencia de Dios en medio de las luces y sombras de la ciudad, los signos y las huellas de sus planes y proyectos, nos conduce al proceso de transformación de nuestra pastoral de conservación hacia una evangelización misionera urbana. Nos hace ser sujetos, que no pasamos con indiferencia ante las realidades urbanas, sino que nos abrimos a la posibilidad de dejar que primero la ciudad nos hable de Dios, de sus presencias y ausencias, de tal manera que nos evangelice, para luego ser sus evangelizadores.

De manera particular estamos llamados a fijar nuestra vista en aquellas periferias del sufrimiento humano, ante las cuales Dios no es indiferente ni imparcial. La ciudad, tal como hoy se está desarrollando está produciendo muchas víctimas³⁰, muchos seres humanos en condiciones de inhumanidad, viviendo situaciones de injusticias

²⁹ EG 71.

³⁰ Cf. DAp 407-430: Rostros sufrientes que nos duelen.

y excluidos de los bienes y servicios de la sociedad; cuyos rostros no nos pueden ser indiferentes, y que deben movernos, como al buen samaritano, a una mirada misericordiosa, desde un corazón que se conmueve, se acerca y actúa en favor de ayudar a alcanzar una vida en abundancia, un “buen vivir” para todos³¹.

3.2. Hacia el discernimiento de lo humano en lo urbano

Generar una evangelización urbana nos exige además una conversión epistemológica que nos permita transformar nuestra manera de conocer y de comprender lo urbano, para interactuar en la ciudad³². Es necesario un conocimiento analítico y crítico de las dinámicas urbanas y de sus complejos procesos de construcción, un reconocimiento de nosotros mismos como ciudadanos - evangelizadores, y de nuestra Iglesia como un sujeto social urbano.

- a) Con frecuencia, como evangelizadores, nuestra primera reacción ante lo que vemos en la ciudad es emitir juicios morales, sin pasar antes por un reconocimiento de la complejidad que caracteriza hoy al fenómeno urbano y de la importancia de comprender antes las dinámicas propias dentro de las cuales se dan las situaciones que vemos. Tenemos entonces que valorar la recomendación del obispo y teólogo Bruno Forte: “La teología tiene que aprender continuamente de nuevo a asumir la complejidad, a respetarla incluso en su carácter irreductible, a estar con ella humildemente y con espíritu de compartir, a soportarla en la perseverancia de la caridad”³³. Estas palabras escritas en primer lugar para el desafiante ejercicio del

³¹ Cf. IBAÑEZ, Alfonso, AGUIRRE, Noel. *Buen vivir, vivir bien. Una utopía en construcción*. Ed. desde abajo, Bogotá 2013.

³² Una conferencia del Cardenal Bergoglio, actual Papa Francisco, en Buenos Aires, señala las características de esa lectura de la realidad: no desde afuera, sino desde dentro. BERGOGLIO, Cardenal Jorge Mario. “Dios en la ciudad”, en AA. VV. *Dios en la ciudad*. Memorias del Primer Congreso de Pastoral Urbana - Región Buenos Aires, San Pablo, Buenos Aires 2012, 9-43.

³³ FORTE, Bruno. *La teología como compañía, memoria y profecía*. Sígueme, Salamanca 1990, 164.



teólogo al acercarse al mundo, como “lugar del evangelio”, a la historia como lugar habitado de alguna manera por la Palabra, para escuchar y discernir el misterio, adquieren una particular significación si las aplicamos a la tarea evangelizadora, y bajo la comprensión que tiene el mismo autor de la teología como una conciencia crítica de la praxis eclesial y mundana, a la luz de la Palabra de Dios.

- b) Es necesario aceptar y discernir el pluralismo y transición sociocultural que estamos viviendo, los cuales aún no comprendemos. La sociedad urbana contemporánea es el resultado de la confluencia de múltiples interacciones políticas, económicas, sociales, culturales; de redes de comunicaciones y flujos establecidos entre los distintos actores sociales, que hacen que cada cosa o circunstancia sea producto de muchos factores y a su vez desencadene efectos en otros campos, como una gran red de relaciones que se crea y recrea permanentemente, y en la cual algunos componentes tienden a permanecer o mejor a cambiar más lentamente, otros cambian más moderadamente y otros tan rápidamente, que apenas alcanzamos a reconocerlos en su efímera existencia.

Este rasgo de la transición cultural se convierte para algunos pastoralistas en el modelo de comprensión de los desafíos de la evangelización actual, especialmente de la “evangelización urbana”, definiéndola como el paso de una evangelización inculturada en la cultura tradicional, de corte agrario, a una evangelización en diálogo con la cultura moderna, y posmoderna³⁴. Por un lado, seguimos atendiendo, con relativo éxito, a gente más afianzada en la cultura tradicional, a la gente del campo y a los emigrantes del campo hacia la ciudad, cuyas características compatibles con el lenguaje religioso de la Iglesia y apoyados en la religiosidad popular, nos permiten seguir presentes en ciertos contextos. Pero la presencia evangelizadora en el contexto más influenciado por la cultura moderna,

³⁴ J.B. Libanio, Alberto Antoniazzi, Jorge Seibold, entre otros, lo han definido así.

que es el más extendido en la sociedad actual, nos está planteando retos que apenas estamos reconociendo y empezando a asumir desde la comunión y la misión de la Iglesia. De igual manera, el movimiento crítico de la modernidad, o llamada “posmodernidad”, con su desencanto frente a la razón, su vuelta a lo sagrado, pero re-significado, su valoración de lo ecológico, de lo emotivo, su rechazo de lo instituido, de los grandes relatos explicativos y con su exaltación del fragmento y del pensamiento débil, también es una confrontación permanente a la Iglesia y a sus formas de presencia y de acción, que apenas empezamos a entender en su complejidad y a abordar con una actitud misionera. Y sin embargo lo más complejo de esta transición son las mezclas que se dan, las cuales exigen un gran ejercicio de discernimiento pastoral, de flexibilidad y de creatividad misionera³⁵.

De lo anterior se deduce la necesidad de que la evangelización urbana debe diversificarse en sus lenguajes, en sus métodos, en sus pedagogías, para saber ser interlocutor tanto del sustrato tradicional, como de los sustratos moderno y posmoderno de la cultura urbana actual. No se trata de hacer tres iglesias, sino de ser una sola Iglesia urbana que sabe hablar distintos lenguajes, reconociendo la diversidad y el pluralismo que caracteriza a los ciudadanos, así como el proceso de construcción cultural que se vive. Se trata de discernir los valores profundamente humanos que encierra y promueve cada una de estas culturas para generar, por encima de las actitudes de intolerancia mutua, un diálogo social y cultural que busque el encuentro, la interacción y el bien común.

Hay que aprender, como discípulos misioneros urbanos, a reconocer y discernir los territorios propios de nuestra ciudad, de nuestros barrios, de los nuevos sujetos urbanos. Las personas y comunidades se apropian de los espacios geográficos

³⁵ Cf. MANCERA, Jaime. “El paradigma cultural nos ayuda a una nueva mirada. Los imaginarios urbanos”, en Primer Congreso de Pastoral Urbana - Región Buenos Aires, San Pablo, Buenos Aires 2012, 121-147.



ficos y virtuales llenando de sentido sus vidas, sus prácticas, sus costumbres. También hay que reconocer los procesos de desterritorialización que se están dando por las migraciones, por la desnacionalización ante la globalización, por la desmaterialización ante el auge del mundo virtual, por la desurbanización, por el alejamiento de la vida social. Cada uno de estos procesos deben ser discernidos a la luz del Evangelio y ser escenario de nuestra presencia evangelizadora. Es además necesario reconocer la vida de nuestras parroquias llamadas a ser territorios de misericordia, de vida en abundancia, de inclusión, de liberación, donde el encuentro con Jesucristo y el misterio de su Pascua, en el ambiente de la comunidad, sea la mayor fuente de re-significación de la vida humana, de reparación de las heridas, de resiliencia evangélica, de plenificación de la vida, más allá de una simple dinámica de supervivencia. Hablar de las parroquias o de los arciprestazgos como territorios de misión supone comprender las diversas dimensiones que subyacen a estos procesos, para saberlos suscitar y acompañar. Pero también hay que reconocer los territorios, las ciudades invisibles³⁶, las culturas locales, que generan sus propios ritos, mitos y dinámicas para ordenar su caos, puesto que esos territorios también hay semillas del verbo de las cuales debemos aprender y con las cuales debemos interactuar. Nos dice el Papa:

“En la ciudad, lo religioso está mediado por diferentes estilos de vida, por costumbres asociadas a un sentido de lo temporal, de lo territorial y de las relaciones, que difiere del estilo de los habitantes rurales. En sus vidas cotidianas los ciudadanos muchas veces luchan por sobrevivir, y en esas luchas se esconde un sentido profundo de la existencia que suele entrañar también un hondo sentido religioso. Necesitamos contemplarlo

³⁶ Un ejemplo de esto lo encontramos en las propuestas sobre evangelización urbana que desarrollan Benjamín Bravo y el Espacio de Pastoral Urbana en Ciudad de México, y Jorge Eduardo Sheining, con el Equipo de Pastoral Urbana de Buenos Aires (cf. www.pastoralurbana.com.ar).

para lograr un diálogo como el que el Señor desarrolló con la samaritana, junto al pozo, donde ella buscaba saciar su sed (cf. Jn 4,7-26)³⁷.

Al reconocer estas ciudades invisibles, estos territorios, será necesario un proceso de inculturación que nos permita encontrar los puentes, las mediaciones, para iniciar un diálogo evangelizador con ellos. No podemos seguir pensando que hay una sola forma de evangelizar en la ciudad. Pero la respuesta a la pregunta ¿cómo hacerlo? Será encontrada en la medida en que vayamos reconociendo los territorios, y haciéndonos compañeros de camino para encontrar las palabras, los gestos oportunos que nos permitan iniciar el diálogo, así como la pedagogía de Jesús en el camino a Emaús nos lo enseña.

“Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades. No hay que olvidar que la ciudad es un ámbito multicultural. En las grandes urbes puede observarse un entramado en el que grupos de personas comparten las mismas formas de soñar la vida y similares imaginarios y se constituyen en nuevos sectores humanos, en territorios culturales, en ciudades invisibles”³⁸.

La vida urbana se caracteriza por las formas propias de relacionarse, de estar en el mundo, que crea, por las dinámicas comunitarias que cultiva, por las maneras de narrar, de habitar los espacios. Estas dinámicas subjetivas también deben ser tenidas en cuenta a la hora de la evangelización urbana, pues entran en la configuración del rostro concreto que debe asumir. La vida comunitaria de la ciudad es diferente de la vida comunitaria en el campo. Y no se trata de pensar en cuál es mejor. Sencillamente hay que aceptar que son diferentes, aunque en mutua influencia, por las migraciones a la ciudad.

³⁷ EG 72.

³⁸ EG 74.



3.3. Hacia un modo de ser iglesia “en salida” en medio de la ciudad

Pasar de una pastoral en la ciudad, a una evangelización urbana, requiere un verdadero cambio de mentalidad, una conversión eclesiológica, que nos permita reconocernos como pueblo de Dios llamado a insertarse en el corazón del mundo urbano al servicio del Reinado de Dios que está allí presente y que viene. Esto nos implica un movimiento permanente de salida, en actitud misionera, como nos lo ha señalado tan fuertemente el Papa Francisco, evitando la tentación de la autorreferencialidad, de hacer de la misma Iglesia el centro de todo.

No basta con pensar que la evangelización urbana es un asunto únicamente de organizar algunas actividades que antes no hacíamos, como llegar a los conjuntos cerrados de apartamentos, hacer misiones puerta a puerta, o la generación de las acciones en favor de la justicia social de la ciudad; es necesario trabajar por un cambio de mentalidad sobre la condición de todos los bautizados como discípulos misioneros de Jesucristo, enviados a evangelizar el contexto urbano.

Se trata de entrar en un diálogo con el contexto urbano, fragmentado y en constante transformación, para reconocer en medio de él, de las historias de vida de los ciudadanos, de sus sufrimientos y esperanzas, la presencia del Reinado de Dios, que busca hacer de esas historias una historia de salvación; y así ponernos al servicio de este proceso salvífico, explicitando o visibilizando testimonialmente la presencia de Jesucristo Resucitado, para que se le llegue a conocer, amar y seguir; para vivir en Él relaciones de comunión, de pertenencia, de cuidado y solidaridad, con los otros, con los cercanos, con los lejanos, con los extraños, con los que sufren, con la naturaleza, con toda la sociedad; y para contribuir al proceso de transformación evangélica de la historia, siendo signo y anticipo de la Jerusalén Celestial, plenitud de la obra de Dios en nosotros, que nos vendrá como un don.

Las palabras del Papa son muy significativas en este sentido:

“En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de ‘salida’ que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: ‘Ve, yo te envío’ (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17). A Jeremías le dijo: ‘Adonde quiera que yo te envíe irás’ (Jr 1,7). Hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva ‘salida’ misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”³⁹.

“La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan”⁴⁰.

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”⁴¹.

“Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Igle-

³⁹ EG 20.

⁴⁰ EG 24.

⁴¹ EG 27.



sia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ‘¡Dadles vosotros de comer!’ (Mc 6,37)”⁴².

Pero en esta conversión eclesiológica hacia una Iglesia en salida, y sin desconocer la complejidad del tiempo en que vivimos, por sus transformaciones aceleradas, particularmente sentidas y vividas en los contextos urbanos, también es necesario reconocer la capacidad transformadora del pueblo de Dios, llamado en virtud de la alianza y a ser testigo y rostro de misericordia, a ser forjador de la historia, que es conducida hacia la plenitud de los tiempos. Un poder transformador, propio del amor misericordioso de Dios, que es descrito por Jesús mediante las metáforas del “fermento”, de la “semilla”, de la “sal” y de la “luz”, que desde una presencia discreta, a veces vista, a veces no vista, pero sentida, que crece y hace crecer, va comprometiendo las libertades humanas en una opción por comunicar la misericordia y la vida en abundancia que el mismo Dios quiere para todos los seres humanos. Esto lo expresaron muy bien los obispos en el Documento de Puebla:

“La Iglesia, escuela de forjadores de historia. Para los mismos cristianos, la Iglesia debería convertirse en el lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola

⁴² EG 49.

encarnada en otros. Del modo más urgente, debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino.

Ante los desafíos históricos que enfrentan nuestros pueblos encontramos entre los cristianos dos tipos de reacciones extremas. Los “pasivistas”, que creen no poder o no deber intervenir, esperando que Dios solo actúe y libere. Los “activistas”, que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hombres, quienes, por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante.

La actitud de Jesús fue otra. En él culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en Alianza: él señalaba el camino y la meta, y exigía la colaboración libre y creyente de su Pueblo. Jesús aparece igualmente actuando en la historia, de la mano de su Padre. Su actitud es, a la vez, de total confianza y de máxima corresponsabilidad y compromiso. Porque sabe que todo está en las manos del Padre que cuida de las aves y de los lirios del campo. Pero sabe también que la acción del Padre busca pasar a través de la suya.

Como el Padre es el protagonista principal, Jesús busca seguir sus caminos y sus ritmos. Su preocupación de cada instante consiste en sintonizar fiel y rigurosamente con el querer del Padre. No basta con conocer la meta y caminar hacia ella. Se trata de conocer y esperar la hora que para cada paso tiene señalada el Padre, escrutando los signos de su Providencia. De esta docilidad filial dependerá toda la fecundidad de la obra.

Además, Jesús tiene claro que no sólo se trata de liberar a los hombres del pecado y sus dolorosas consecuencias. Él sabe bien lo que hoy tanto se calla en América Latina: que se



debe liberar el dolor por el dolor, esto es, asumiendo la Cruz y convirtiéndola en fuente de vida pascual.

Para que América Latina sea capaz de convertir sus dolores en crecimiento hacia una sociedad verdaderamente participada y fraternal, necesita educar hombres capaces de forjar la historia según la 'praxis' de Jesús, entendida como la hemos precisado a partir de la teología bíblica de la historia. El continente necesita hombres conscientes de que Dios los llama a actuar en alianza con él. Hombres de corazón dócil, capaces de hacer suyos los caminos y el ritmo que la Providencia indique. Especialmente capaces de asumir su propio dolor y el de nuestros pueblos y convertirlos, con espíritu pascual, en exigencias de conversión personal, en fuente de solidaridad con todos los que comparten este sufrimiento y en desafío para la iniciativa y la imaginación creadoras⁴³.

3.4. Hacia unas mediaciones inculturadas

En la tarea de llevar a cabo la nueva evangelización en la ciudad vuelve a tomar importancia el concepto de la inculturación, que Juan Pablo II llamaba "corazón de la nueva evangelización":

"Recordar la primigenia índole misionera de la Iglesia significa testimoniar esencialmente que la tarea de la inculturación, como difusión integral del Evangelio y de su consiguiente adaptación al pensamiento y a la vida, sigue aún hoy y constituye el corazón, el medio y el objetivo de la 'nueva evangelización'. Para una tarea tan elevada resuena siempre la promesa de Jesús: 'Y he aquí que yo estoy con vosotros', allí donde la palabra y los signos del Evangelio encuentran al hombre de cualquier edad, condición y cultura: 'Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo' (Mt 28, 20)"⁴⁴.

⁴³ DP 274-279.

⁴⁴ Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en la VIII sesión del Consejo Internacional para la Catequesis*, septiembre 26 de 1992, 2.

Por eso estamos llamados a trabajar en una conversión hacia la inculturación urbana del Evangelio y de la vida de la Iglesia, de sus experiencias de comunión y de su actividad evangelizadora; conversión que comienza por reconocer cuál es el fin y cuáles son los medios de la evangelización. Lo vemos en la expresión de Aparecida:

“La Iglesia está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa, a través de la proclamación y vivencia de la Palabra, de la celebración de la Liturgia, de la comunión fraterna y del servicio, especialmente, a los más pobres y a los que más sufren, y así va transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual”⁴⁵.

Como se ha señalado, el fin es el servicio al Reinado de Dios presente, actuante y esperado en plenitud, en el contexto complejo de la vida urbana. Los medios son la proclamación y vivencia de la Palabra (martyria), la celebración de la liturgia (leiturgia), las experiencias de comunión fraterna (koinonía) y las experiencias de servicio a la justicia y de solidaridad (diakonía). Cada uno de estas funciones eclesiales, que son signos del Reino, están llamadas a ponerse al servicio de aquello que en el discernimiento de los signos de los tiempos, hemos reconocido como la voluntad de Dios, sus planes y proyectos para cada persona y para las comunidades, para la Iglesia Arquidiocesana y para la ciudad misma.

- a) Las formas de primer anuncio, de iniciación cristiana, de formación en la fe, de profundización en la doctrina social cristiana, todo lo relacionado con la animación bíblica de la evangelización, lo referente a la educación religiosa escolar, a la escuela católica y sus proyectos educativos, deben inculturarse en la diversidad de lenguajes, de procesos de formación, que tengan a los sujetos urbanos como reales interlocutores, no como simples destinatarios pasivos. Pensar, planear, diseñar, realizar estos procesos de servicio desde la Palabra no son

⁴⁵ DA 516.



solo un asunto de contenidos, sino de encuentro de la vida de unos sujetos urbanos con la Palabra de misericordia que Dios les está dirigiendo en sus vidas concretas, para motivarlos a una conversión de fe. Catecismos, cursos bíblicos, anuncios kerigmáticos, proyectos educativos, etc. deben reflejar en sus desarrollos y documentos la presencia del sujeto urbano al servicio del cual se ponen.

- b) La liturgia, los sacramentos, y las demás celebraciones y expresiones festivas de la fe deben conectarse con la vida concreta que se lleva en la ciudad. No basta con seguir el sentido del año litúrgico, que guarda en sí mismo un valor inmensurable, si no se pone al servicio de las dinámicas de la vida concreta de la gente y no se entiende que estas celebraciones están en un proceso de re-significación, donde cada persona, en medio de la diversidad del contexto urbano le da sus propios significados a los ritos, lo cual exige una gran paciencia y un trabajo muy serio en la mistagogía cristiana. La piedad popular urbana, requiere de un discernimiento evangélico, que nos permita aprender de ella los valores y la mística que contiene, pero también, que nos señale los caminos para poner en diálogo estas expresiones, con sus propias lógicas, originadas en la dimensión subjetiva e informal de las culturas, con los aspectos formales de la liturgia y, en general, de la vida eclesial, para alcanzar un enriquecimiento mutuo.
- c) La comprensión que tenemos de la vida en comunidad está llamada a inculturarse en las formas de relación que se dan en la ciudad. El núcleo de lo que significa vivir la comunión, tiene una concretización, unas manifestaciones distintas en la vida urbana. Es necesario hacernos varias preguntas y buscar juntos las respuestas: ¿qué significa vivir la comunión en nuestras ciudades, cuando se vive en un edificio de muchos apartamentos, dentro de un conjunto habitacional cerrado? ¿Qué significa vivir la fraternidad en medio de la diversidad de relaciones que se establecen en la vida urbana de esta o aquella ciudad, como por ejemplo, con el portero, con los conductores del transporte público, con los vecinos, con los demás

ciudadanos en el bus, con los que me encuentro en el parque? Etc. Las parroquias están dejando de ser los referentes de una vida comunitaria, como lo eran en los pueblos. ¿Qué significa promover una vida de comunidad en medio de la diversidad de los barrios, desde la confluencia de tantos intereses tan distintos de los fieles? ¿Cuál debe ser el papel de los párrocos o de los animadores de los movimientos en este sentido? ¿Sigue siendo el “grupo juvenil” clásico el instrumento para la evangelización de la juventud urbana? Como en muchos de los aspectos del desarrollo de una evangelización urbana, estamos en el momento de hacernos las preguntas correctas, pero aún no tenemos las respuestas. Será necesario caminar juntos para ir reconociendo o construyendo las respuestas.

d) Ya en 1971, el Papa Pablo VI, decía:

“Urge reconstruir, a escala de calle, de barrio o de gran conjunto, el tejido social, dentro del cual hombres y mujeres puedan dar satisfacción a las exigencias justas de su personalidad. Hay que crear o fomentar centros de interés y de cultura a nivel de comunidades y de parroquias, en sus diversas formas de asociación, círculos recreativos, lugares de reunión, encuentros espirituales, comunitarios, donde, escapando al aislamiento de las multitudes modernas cada uno podrá crearse nuevamente relaciones fraternales. Construir la ciudad lugar de existencia de las personas y de sus extensas comunidades, crear nuevos modos de proximidad y de relaciones, percibir una aplicación original de la justicia social, tomar a cargo este futuro colectivo que se anuncia difícil, es una tarea en la cual deben participar los cristianos. A estos seres humanos amontonados en una promiscuidad urbana que se hace intolerable, hay que darles un mensaje de esperanza por medio de la fraternidad vivida y de la justicia concreta”⁴⁶.

⁴⁶ OA 11-12.



La evangelización urbana también está llamada a promover el compromiso de todos los discípulos misioneros, especialmente los laicos, dentro de las ciudades afectadas por las injusticias y desigualdades sociales, para que se trabaje por la reconstrucción del tejido social, en la búsqueda del bien común de nuestras ciudades, en la construcción de ciudades misericordiosas. La dimensión social de la evangelización⁴⁷ tiene unas implicaciones muy concretas en el contexto urbano, dadas las condiciones sociales, políticas y económicas que se dan, marcadas por las dinámicas de la globalización económica, de corte neoliberal, por el pluralismo democrático y por las dinámicas subjetivas de la economía informal, de las iniciativas de la sociedad civil, así como por los movimientos de reivindicación, de protesta social, etc. Discernir y proponer la aplicación de la doctrina social cristiana para evangelizar estas relaciones sociales, para buscar una real inclusión de los pobres en nuestras ciudades, para construir la ciudad de la misericordia, para asumir una actitud dialogante y profética, es un gran desafío que requiere mística y consciencia de las implicaciones sociales del kerigma, y de la propia condición como bautizados.

Junto al compromiso por la justicia en la ciudad está el compromiso por la solidaridad, por la reconciliación y la resiliencia sociales. La caridad efectiva no se queda indiferente ante los hombres y mujeres que sufren en las calles, en los barrios marginales, en los hospitales, en los parques, en tantos espacios de la vida de nuestras ciudades, y busca ayudar, contribuir a los procesos de apoyo y de liberación de estas situaciones. El dolor de las víctimas requiere una acción integral, que comienza por la cercanía, como la del buen samaritano, y llega hasta el compromiso por la recuperación integral y de la autonomía de los otros.

No es posible en este documento plantear integralmente los desafíos de la acción evangelizadora en la vida social urbana; tan

⁴⁷ Cf. EG 176-258.

sólo se quiere señalar algunas de sus implicaciones, al buscar una conversión pastoral decididamente misionera y misericordiosa.

No hay que olvidar que este compromiso social por la construcción de la ciudad terrena se asume desde la intencionalidad y la mística de ser un signo de esperanza de los cielos nuevos y de la tierra nueva que nos aguarda, un anticipo de la Jerusalén Celestial que nos viene como un don de lo alto⁴⁸.

3.5. Hacia nuevas actitudes para evangelizar

Es bueno además tener en cuenta, a la hora de hablar de la inculturación, dos imágenes que nos dio el papa Benedicto XVI, como clave para la acción evangelizadora en estos tiempos de pluralismo y transición: el atrio de los gentiles y los vestíbulos o espacios de acercamiento.

“Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de ‘patio de los gentiles’ donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido”⁴⁹.

“Por tanto, junto con la Palabra, me parece importante la presencia de un lugar de hospitalidad de la fe, un lugar en el que se hace una experiencia progresiva de la fe. Y aquí veo también una de las tareas de la parroquia: ofrecer hospitalidad a quienes no conocen esta vida típica de la comunidad parroquial. No debemos ser un círculo cerrado en nosotros mismos. Tenemos nuestras costumbres, pero de cualquier

⁴⁸ Cf. DAp 515.

⁴⁹ Benedicto XVI, Discurso a la Curia romana, 21 diciembre 2009.



modo debemos abrirnos e intentar crear también vestíbulos, es decir, espacios de acercamiento. Uno que estaba alejado no puede entrar inmediatamente en la vida formada de una parroquia, que ya tiene sus costumbres. Para él, de momento, todo es muy sorprendente, lejano de su vida. Por tanto, debemos tratar de crear, con ayuda de la Palabra, lo que la Iglesia antigua creó con los catecumenados: espacios donde se pueda empezar a vivir la Palabra, a seguir la Palabra, a hacerla comprensible y realista, correspondiendo a formas de experiencia real⁵⁰.

Ante el pluralismo religioso, o la transformación de la experiencia religiosa, ante la pérdida de los procesos de transmisión de la fe, en la casa, en la parroquia, en la escuela, y el haber llegado a una situación de ignorancia religiosa, de no conversión a la fe, de iniciación cristiana incompleta, es necesario pensar en esos espacios intermedios, caracterizados por la hospitalidad de la fe, por la actitud misericordiosa que sale al encuentro, donde aceptando las situaciones, evitando los juicios y rechazos, se cultiven las búsquedas sinceras y profundas de Dios, se promueva el comenzar a conocer y vivir la Palabra, sin estar aún dentro de todo el misterio de la fe que profesamos. Esta actitud misericordiosa es clave en la evangelización urbana.

También es necesario asumir ciertas actitudes de Jesús que hoy son muy significativas, como su actitud frente a Zaqueo, de respeto y cercanía, antes que de juicio y condenación; frente al centurión romano, de apertura y acogida al extranjero, al que no vive nuestra fe, pero que igualmente sufre, se preocupa por otros y busca a Dios en su vida; frente al endemoniado de Gerasa, de coraje para acercarse a las periferias del sufrimiento y confianza en la capacidad transformadora de la misericordia, así como de poner en estado de misión (en la Decápolis). Además la actitud de cercanía, de contacto personal, de deseo de anunciar explícitamente el amor del Padre. Una re-lectura atenta de los evangelios seguramente nos permitirá

⁵⁰ Benedicto XVI, Respuestas del Santo Padre Benedicto XVI a las preguntas de los párrocos romanos, jueves 26 de febrero de 2009.

re-descubrir muchas de estas actitudes de Jesús que hoy necesitamos para evangelizar la ciudad fragmentada y en transición.

3.6. Hacia la esperanza y la alegría de ser evangelizadores

Como se ha dicho, el desafío de una “pastoral urbana” se encuentra en el momento de empezar a hacernos las preguntas correctas. Ya no sólo nos limitamos a experimentar los desbordamientos y limitaciones de la acción evangelizadora en medio de la gran ciudad, sino que hemos empezado a tomar iniciativas, hemos empezado a reunirnos, a reflexionar juntos y a buscar una comprensión más global del asunto, que nos permita plantear bien los problemas de la evangelización urbana, analizarlos con criterio evangélico e interdisciplinar y reconocer los caminos que debemos recorrer.

Este camino eclesial debemos leerlo dentro del dinamismo de la esperanza cristiana, como una conversión hacia la esperanza, que no hay que confundirla con las palabras de ánimo, sino que nos remite en primer lugar a la contemplación de Dios en la ciudad, en medio de sus luces y sombras, desde la perspectiva que nos propone el Papa Francisco:

“La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia ‘en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles’ (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y



aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!”⁵¹.

Pero por otro lado, nos lanza, desde nuestra condición limitada, al compromiso creativo con el futuro anhelado, al trabajo abnegado, a la conversión, a la profecía, a la resistencia, al riesgo, al acompañamiento, hasta encontrar los caminos necesarios que contribuyan a la realización de los planes de Dios para nuestras ciudades.

El fundamento de esta esperanza está en el amor incondicional de Cristo y en su promesa de permanecer siempre con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo, y se hace nuestra por el renovado encuentro con Él, que nos lleva a cultivar nuestro ser como discípulos misioneros, a vivir en comunión y a dar testimonio y anunciar a otros la alegría de este encuentro salvífico.

Es precisamente esa alegría del encuentro con Cristo la que debe inspirar todas nuestras acciones a la hora de afrontar el desafío de la evangelización urbana, a la hora de vencer los sentimientos de impotencia, de perplejidad, de desbordamiento que reconocemos en muchos de los evangelizadores y que nos llevan a refugiarnos en una pastoral de conservación. Y por eso hacemos nuestras las palabras que el Papa Benedicto dirigió a los jóvenes, para la jornada mundial del 2012, y las asumimos como fuente de inspiración:

“Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla. San Juan afirma: ‘Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo’ (1Jn 1,3-4).

⁵¹ EG 278.

A veces se presenta una imagen del Cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios. Sobre todo vosotros, jóvenes discípulos de Cristo, tenéis la tarea de mostrar al mundo que la fe trae una felicidad y alegría verdadera, plena y duradera. Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe. El Evangelio es la 'buena noticia' de que Dios nos ama y que cada uno de nosotros es importante para Él. Mostrad al mundo que esto de verdad es así.

Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, a vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá deciros: '¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!' (Mt 25,21)⁵².

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA. VV. *Dios en la ciudad. Memorias del Primer Congreso de Pastoral Urbana - Región Buenos Aires*. Buenos Aires: San Pablo, 2012.

ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ. *El paradigma de evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá. Fundamentos teológicos y pastorales*. Bogotá: Arquidiócesis, 2014.

⁵² S.S. Benedicto XVI, Mensaje para la jornada mundial de la juventud 2012, 7.



- BAUMAN, Z. *Múltiples culturas, una sola humanidad*. Madrid: Katz Editores, 2008.
- BRAVO, Benjamín. *Simbólica urbana y simbólica cristiana. Puntos de convergencia para la inculturación del evangelio en la urbe hoy*. México: Universidad Pontificia de México, [s.f].
- CALVINO, Italo. *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela, 1990.
- CAMARGO, Alberto (dir.). *Hacia la ciudad de la misericordia. Rutas de Pastoral Urbana*. Bogotá, [s.e], 2015.
- CASTORIADIS, C. *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa 1998.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. *Evangelización en las culturas urbanas. Memorias y compromisos en América Latina y El Caribe*. Bogotá: Celam, 2015.
- ECKHOLT, Margit & SILBER, Stefan. *Vivir la fe en la ciudad hoy* (TI y II). Alemania: [s.e], 2015.
- FITZPATRICK, Joseph, S.J. *Paul: saint of the inner city*. Mahwah, NJ: Paulist Press, 1990.
- GALLI, Carlos. *Dios vive en la ciudad*. Barcelona: Herder, 2014.
- . El Cristo de Dios está y vive en la ciudad. Hacia una teología teologal y cristocéntrica de la nueva Evangelización de la cultura urbana desde América Latina. En: *Medellín*, v. 39, n. 155. (Jul-Sep, 2013), pp. 357-412.
- GARCÍA CANCLINI, N. *Imaginario urbanos*. Buenos Aires: Eudeba, 1997.
- GUIJARRO, Santiago, *La primera evangelización*. Salamanca: Sígueme, 2013.
- IBAÑEZ, Alfonso, AGUIRRE, Noel. *Buen vivir, vivir bien. Una utopía en construcción*. Bogotá: Ed. desde abajo, 2013.
- MARTÍNEZ SISTACH, Cardenal Lluís (ed.). *La pastoral de las grandes ciudades*. Madrid: PPC, 2015.

MEEKS, Wayne, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*. Salamanca: Salamanca, 1988.

REGUILLO, R. *La construcción simbólica de la ciudad*. Guadalajara: ITESO, 2005.

RICOEUR, P. "Civilización universal y culturas nacionales", en *Historia y verdad*. Madrid: Encuentro, 1990.

SILVA, A. *Bogotá imaginada*. Bogotá: Convenio Andrés Bello-Universidad Nacional-Taurus, 2003.